



Es propiedad.

EL BUEN COMBATE

facilitado á toda clase de personas por medio de sencillos opúsculos de controversia popular.
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados.

1. **El pan del pobre**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

2. **¿No es hora todavía?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

3. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar, por Antonio.

4. **El deber de la limosna**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

5. **De Carlos á Manuel y viceversa**, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.

6. **Sol de las almas**, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

7. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro I, por Mons. Gaume.

8. **Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos**, libro II, por Mons. Gaume.

9. **La acción antimasónica**, por el Dr. don Félix Sardá y Salvany, Pbro.

R. 3531098

12
65501
¿QUÉ DIRÁN?

A ni tienen Vds., lectores míos, un tiranuelo, un déspota, un implacable perseguidor que ha causado con sus mañas mayores males al Catolicismo que los Nerones y los Dioclecianos. Aun actualmente, de los disgustos que afligen á la Iglesia de Dios y que todos deploramos, estoy por decir que más de la mitad y la mitad de la otra mitad se deben al poder de ese constante enemigo de toda cosa buena: el maldito *qué dirán*.

El *qué dirán* es el temor pueril, necio, ridículo, que nos impide hacer una buena acción ó nos induce á co-

meter otra mala, sólo por consideración á lo que pueda luego murmurarse de nosotros. El *qué dirán* es un fantasma que las más de las veces nosotros mismos nos forjamos, y que con todo y ser vano fantasma nos aterra, nos sujeta, nos esclaviza indignamente. La cobardía ha sido siempre cosa muy vil, pero es vilísima cuando se tiene ante enemigos débiles y despreciables, y el *qué dirán* es uno de tales enemigos. Si reina y gobierna, si nos liga y avasalla, no es por su poder y fortaleza, sino por nuestra miserable poquedad de ánimo.

Reina y gobierna, he dicho; ¡cuán exacta es esta frase! No son los malvados tantos como representan, ni son los buenos tan pocos como aparece á primera vista; pero ¡ay! gran parte de los buenos hace causa común con los malos, procura hablar y obrar, ó apa-

rentar que obra como ellos, porque si no, ¿qué dirán? Y el maldito *qué dirán* hace figurar como invencibles las fuerzas del mal, que sin él serían á todas horas vencidas.

¡*Qué dirán!* exclama en su interior un joven de educación católica, y por aquella sublime razón forma coro con los enemigos de su fe, y oye sin protesta sus groseras blasfemias y sus inmundas obscenidades.

¡*Qué dirán!* piensa el propietario ó capitalista honrado, y se convierte en servil adulator de los mismos que en su concepto matan las creencias, minan las costumbres, profanan la familia y tienen en riesgo constante la propiedad.

¡*Qué dirán!* Y la mujer honesta y la niña de buen corazón no se atreven á salir en público ni á presentarse en sociedad si no visten con la libertad y el desahogo de las mujeres infames.

¡Qué dirán! ¡y por esto hallan subscriptores los periódicos dictados por el diablo; electores los candidatos hostiles á la Iglesia; concurrentes los teatros donde se baila y se representa á costa de la vergüenza y del decoro público; aplausos los personajes revolucionarios; buena cara y condescendencia y tolerancia y amistad todo lo que de parte de los buenos no debiera encontrar más que retraimiento absoluto, ya que no hay valor para hacerle en todos terrenos guerra sin tregua ni cuartel!

¡Y el *qué dirán*, que tantas bajezas hace cometer, cuántas buenas acciones impide! Aun entre personas de religión, de fe y hasta de piedad, ¡cuánta apostasía y deslealtad por un simple *qué dirán!*

Don Honorato asistía antes á las funciones religiosas, y se honraba con

servir varios empleos de su parroquia. Hoy no ha abandonado su fe, pero excusa las prácticas de ella. Don Honorato, dígame por favor, ¿por qué?— Hombre, ¡qué dirán de mí! ¡Van á llamarme neo...!

¿Por qué no saluda reverentemente á la casa de Dios, quitándose el sombrero al pasar delante de su puerta, mi amigo D. Florencio? Pobrecillo, no es que no sea católico; bien quisiera él *en su interior*, el triunfo de la Iglesia y la humillación de sus enemigos, pero... es joven, viste con esmero, frecuenta la buena sociedad, ¿qué dirán de él los amiguitos del casino si le sorprenden con el sombrero en la mano saludando la casa de su Dios? Llamaránle beato... y eso es horrible; ¿no es verdad, amigo mío? Verdaderamente es horrible la cortesía con Dios.

Aquel padre de familia procura con

el mayor celo la conservación de las costumbres cristianas en la suya. En casa se reza la acción de gracias después de comer, porque el hombre, racional y cristiano, no ha de parecerse al bruto animal que se harta de bellota sin agradecersele al árbol que se la da. También se reza el Rosario y demás oraciones á última hora, pues no es cosa de que los hombres se acuesten como los perros sin encomendarse á Dios. Sólo algunas veces se suspenden durante el año estas piadosas prácticas. ¿Qué poderoso motivo puede justificar esta suspensión? ¡Ah! Oídlo, por mi vida. Hay huésped en casa, y el tal huésped es algo despreocupado, y no le da el naípe por cosas de Religión. ¿Qué *dirá* el forastero si en su presencia se dan gracias á Dios y se reza el Rosario de Maria? Déjese por hoy. Para evitar lo *qué dirá* el foraste-

ro, la familia católica aquel día procurará parecer incrédula.

¡Qué dirán! Para evitar el *qué dirán* no rezo en la calle el popular y español *Angelus* cuando á ello me invita la campana: doblo la primera esquina para no doblar la rodilla cuando la voz del sacerdote me advierte la proximidad del Santísimo Viático que se viene por mi camino: en el templo me coloco como un guarda-cantón sin atender á la Misa, ni sacar de mi faltriquera ¡libreme Dios! un devocionario: esquivo en la conversación el nombre Santísimo de Dios, porque es cosa de mal gusto, etc., etc., etc., y todo por el *qué dirán*, á fin de que no se diga que soy lo que soy, es decir, católico, honrado y buen cristiano, y á fin de que se pueda creer que soy lo que no soy, es decir, ateo, incrédulo, hombre sin Religión.

¿No es esta tal vez tu historia, amigo lector? ¡Qué contradicción! ¡Qué bajeza!

Si el temor pueril, el vano respeto al *qué dirán* es siempre una bajeza indigna de un corazón bien puesto y santamente altivo, en nuestros días *reviste* (es palabra de moda) todos los caracteres de una verdadera traición.

Sabido es que ciertas faltas levísimas y casi disimuladas en tiempo de paz, las castiga el código militar con severidad inexorable en tiempo de guerra. Las circunstancias, en efecto, hacen grave lo que en otras pudiera parecer muy leve, y he aquí lo que en nuestro caso acontece.

Frente de nosotros tenemos un poderoso ejército que anuncia sin rebozo el plan de destruirnos y aniquilarnos. Su lema infernal es: ¡Guerra á Dios! sus huestes numerosísimas, sus

recursos inmensos. El ataque se repite cada día y cada hora; es un combate sin tregua, desesperado. Se nos dispara de frente, por los flancos y por retaguardia; se nos mina el terreno bajo los piés; se nos tienden astutas asechanzas. Hay quien se llama amigo nuestro para combatirnos mejor; hay quien falsifica nuestra divisa para engañarnos, procurando introducirse en nuestras filas, para más á su salvo sembrar el desorden en ellas.

Con condiciones tan desfavorables hacemos nuestra penosa marcha, agrupados en *cuadro*, con nuestro jefe el Papa en el centro, nuestra bandera inmortal ondeante sobre nuestras cabezas, nuestros capitanes los Obispos y sacerdotes, firme cada cual al frente de su compañía. La voz principal que á todas horas se oye entre el estruendo de la batalla es la de ¡Unión! ¡unión!

¡compactos! ¡no desbandarse! Efectivamente. Casi toda la táctica de nuestra defensa debe ser la de mantenernos sólidamente agrupados.

Pues bien. El católico que por un necio *qué dirán* abandona las prácticas de su Religión, ó se muestra condescendiente con sus adversarios, es un miserable que frente á frente del enemigo rehusa blandir el arma que se le ha entregado para la defensa de sus hermanos; es un cobarde que vuelve el rostro apenas suenan los primeros tiros; es un traidor que podría creerse pagado por el enemigo para sembrar el desaliento entre los leales.

Hablemos ya sin alegorías. ¿Somos ó no somos católicos? ¿Tenemos ó no tenemos obligación de ostentar nuestra fe? ¿Hemos ó no hemos jurado conservarla aun á costa de la vida? Nadie que no acepte estos sagrados

compromisos puede llamarse católico. Y días pueden venir en que sea indispensable arrostrar, no sólo la risita venenosa de los burlones, sino aun el ceño airado de los furiosos. Días pueden venir en que deba despreciarse, no sólo el *¿qué dirán?* sino aún el *¿qué harán?* que es pregunta un poco más seria. Y si nos hemos acostumbrado á temblar y á retraernos y rendirnos ante las palabras, ¿cómo sabremos mantenernos impávidos ante las obras?

¡Qué dirán! Y ¿no habéis imaginado nunca *qué dirán* de vuestra conducta los buenos? ¡Dar tanta importancia á la cuchufleta de un haragán ó de un perdido, y dar tan poca á las merecidas reconvenciones de los hombres de bien!

¡Qué dirán! Y ¿no habéis imaginado jamás *qué dirá* Cristo Dios cuando parezca en su tremendo tribunal el ca-

tólico vergonzante que ha desmayado, ha huido, ha hecho traición á su fe, sólo porque... ¡pasmaos, valientes! sólo porque sus enemigos se han burlado de él!!! Si no podéis aguantar las *burlas* de los hombres, ¿cómo aguantaréis, desdichados, las *veras* de Dios?

Consecuencia indeclinable de lo que llevo apuntado es la siguiente afirmación, que no tengo reparo en dejar consignada, aunque en la forma le parezca á algún *delicado* sobradamente dura. La primera virtud social de un católico de nuestros días debe ser el descaro. Sí, señor. Los católicos hemos de serlo descaradamente. Aquel á quien faltare este precioso adverbio, retírese si puede de nuestro siglo. No sirve para católico de hoy.

Ya sé que andan por ahí una clase de católicos cuyos estudios y cavilaciones son encontrar lo que podríamos

llamar la piedra filosofal que les haría dichosos. Esta piedra filosofal, este anhelado secreto, este problema en cuya resolución pierden la cabeza y tal vez el alma los individuos en cuestión, puede plantearse con la siguiente fórmula: Dadas las condiciones especiales de nuestro siglo, y dadas las condiciones esenciales y eternas del Catolicismo, hallar el medio de ser católico sin parecerlo. Ahí tienen ustedes el gran problema de la época actual.

Es tan bochornoso oírse apostrofar un día y otro día con los dictados de *rancio, oscurantista, enemigo de las luces, fanático, preocupado*, que ¡válgame Dios! se apuran todos los recursos, se toman todas las precauciones, se adoptan todos los disfraces para no merecerlos. De aquí las posiciones equívocas, las frases ambiguas, las

protestas de ilustración y de tolerancia, el respeto á la opinión, las salvedades y las restricciones y los distingos. No se tiene el valor de recibir por Cristo la vil bofetada ó el salivazo inundo. No se tiene el descaro de la fe, aunque tal vez se tenga la convicción de la misma. Y ríanse Vdes. de la fe que no es descarada; estén persuadidos de que procurará ser por lo menos fe con dos caras.

Descaro, pues; sí, descaro. No veis como en todos tiempos fué esta la primera virtud de los insignes soldados del Catolicismo? ¿No veis con qué descaro se presenta Pedro á las Autoridades de su nación para decirles: «Me habéis prohibido hablar de Jesús; pues bien: voy á hablar de El, porque debo obedecer antes á Dios que á vosotros?» ¿No veis con qué descaro suben débiles mujeres á los tribunales de justi-

cia, y lanzan al rostro de un tirano la firme profesión de Catolicismo que ha de conducir las á la hoguera? ¿No habéis oído hablar del descaro de una niña de trece años, llamada Eulalia, subiéndosele á las barbas al mismo gobernador Daciano? Y nadie la tachó de descarada, sino que todos celebramos aún por heroína á la modestísima muchacha.

¡Seas católico, pues, amigo mío, y séaslo en todas partes: en el hogar doméstico, en la plaza pública, en el despacho de los negocios, en el uso de los derechos políticos, en el goce de las mismas profanas diversiones! Seas católico lo mismo entre amigos que entre adversarios: seas católico contestando á la carcajada impía con otra carcajada mayor; que más ridículo, mil veces más, es el fanatismo de la impiedad, que lo que se quiere satiri-

zar en nosotros con el nombre de fanatismo religioso. Acepta cualquier mote que por ser católico se te dirija, como título de gloria, como blasón de familia, como certificado y ejecutoria, que acreditará ante Dios y ante el mundo la verdadera alcurnia de tu catolicismo sin mezcla. Y si el mote vil hiere tu honor y con él lo más delicado de tu corazón, recuerda que al fin somos soldados, y que no hay para un soldado mejor hoja de servicios que las cicatrices de su pecho.

El famoso *¿qué importa?* tan propio de la altivez y bizarría españolas, sea tu respuesta de siempre al vergonzoso *¿qué dirán?* de los débiles y apocados.

A. M. D. G.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... á la moda**, copiados al natural, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *Católicos... á la moda*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **Guerra de frentes** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasónica*.
14. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois.
20. **Cómo se explota á los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **Espinas, Hojarasca y Flores**, libro IV, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Cartas á un joven**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

obreras, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.

31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pío Mandata, S. J.

32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pío Mandata, S. J.

33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.

35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.

36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al cromo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 id., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 idem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este ultimo caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5; Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.